



Emmanuel Mounier y Jesús de Nazareth, un diálogo de dos milenios

María Guadalupe Quintero de Bernal¹

Desde que tuve mi primer encuentro con Emmanuel Mounier, hace ya algunos años, me llamó poderosamente la atención lo siguiente: creo que Mounier es la “versión siglo XX” de la propuesta que nos llegó hace dos mil años con Jesús de Nazareth. Siendo filósofo (podría ser cura o teólogo), pone todo su empeño en el primado de la persona, se propone ahondar y descubrir más a fondo el misterio que toda persona es y nos regala textos invaluable en este sentido. Y no se queda en esto sino que se lanza a la acción transformadora en congruencia con su pensamiento.

Toda proporción guardada, se podría hacer un paralelo entre las categorías mounierianas y las palabras del Evangelio. Pareciera que Mounier intentó desglosar las enseñanzas de Jesús de Nazareth en lenguaje filosófico y acorde a la época que vivió de tal suerte que, sin confundirlas, fueran comprensibles y vivibles en el momento en que las escribió. Y, realmente, en cualquier momento histórico. Dicho de otra manera, me parece que la filosofía personalista de Emmanuel Mounier es como la “traducción” de los criterios de Jesús de Nazareth -en lo que se refiere al “prójimo”- hecha dos mil años después. Podemos dar algunos ejemplos que ilustran esta percepción. Veamos:

1 Colaboradora académica del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana y Familia Unida en los temas de persona, familia y educación sexual. Formadora de Formadores del Centro para la Investigación y Formación para la Familia (CIFFA) de Monterrey, N. L., México. (Ver más en nuestro link de Autores).

- La propuesta de Mounier, “salir de sí”, ¿no es lo que hace el padre ansioso por el regreso del hijo que “se había perdido”²? ¿No es lo que hace el samaritano por el hombre herido a un lado del camino³? Y a una invitación de Jesús, ¿no es lo que hacen las multitudes que le seguían cuando pueden compartir el pan olvidando sus diferencias⁴?

- “Comprender”, dice Mounier. Jesús de Nazareth es amigo de los pobres, de los desvalidos, de los marginados, de los lastimados por circunstancias diversas. Y su comprensión lo lleva a la acción. Ahí lo tenemos convirtiendo el agua en vino remediando el apuro del anfitrión de la boda en Caná⁵ y es el caso, también, de la resurrección del hijo de la viuda⁶, de la curación del paralítico⁷ y de los diez leprosos⁸ (de hecho, el Evangelio habla de “numerosas curaciones”⁹), el rescate de la adúltera¹⁰ y tantos casos más. Jesús es la empatía encarnada, y Mounier lo sabe y lo propone. No basta “saber”, es imprescindible actuar “para” y “desde” el otro.

- Otra propuesta mounieriana es “tomar sobre sí”, hacerme responsable del otro. No caben aquí ni la indiferencia ni el rechazo. Aprender que el rostro del otro es mi propio rostro; que lo que le sucede a un hermano, le sucede a la humanidad entera. ¡Difícil! Jesús, en la cruz, ¿no tomó sobre sí todos los pecados del mundo para salvación de todos¹¹? Él, el Santo, ¿no “se hizo pecado”¹² para saldar nuestra deuda? Jesús, siendo Dios,

2 Lc 15, 11-32.
3 Lc 10, 29-37.
4 Lc 5, 12-17; Mt 14, 13-21; Mc 6, 30-44; Jn 6, 1-13.
5 Jn 2, 1-11.
6 Lc 7, 11-15.
7 Mt 9, 1-8; Mc 2, 1-12; Lc 5, 18-25.
8 Lc 17, 12-19.
9 Mc 1, 32-34; Mt 8, 16; Lc 4, 40-41.
10 Jn 8, 3-11.
11 1 P 2, 24.
12 2 Co 5, 21.

¿no se hizo hombre para elevarnos a la condición de hijos¹³?

- Otra propuesta es “dar” porque, afirma Emmanuel Mounier, “sólo se posee lo que se da” y es en el don sincero de sí¹⁴ donde la persona encuentra su más plena realización: sin reservas, sin condicionamientos mercantilistas, sin recovecos interesados, sin trueques degradantes; decía Madre Teresa de Calcuta que “amar es dar hasta que duela” ¿Y no fue Jesús de Nazareth el que nos amó “hasta el extremo”¹⁵? ¿Y no dio hasta la última gota de su sangre? ¿No es esto “dar-se”?

- Mounier habla de “ser fiel” en la continuidad, en el “sí” vivido en lo cotidiano, aun en estos tiempos de tan poca fe¹⁶. Es el compromiso consigo mismo antes que nada, ser fiel a una jerarquía de valores que sólo cambiará si se percibe un valor superior al anterior considerado. Mounier (igual que Dios) cree en el hombre y apuesta por él “aliando imaginación y fidelidad” y no sólo trata con el hombre sino que combate por y para el hombre.¹⁷ Me pregunto si hay mayor fidelidad que la de alguien que dice que “mi único alimento es hacer la voluntad de mi Padre”¹⁸. Ésta es la fidelidad de Jesús de Nazareth, absoluta como todo en Él.

Podemos comentar respecto a este último punto que la fidelidad implica confianza en el otro, ver en el otro lo que de verdad es y actuar en consecuencia. No se trata de ver para creer -como el apóstol Tomás¹⁹- sino exactamente lo contrario: creer en el misterio que no se agota, en la riqueza única e irrepetible, en las potenciali-

dades aun por descubrir, en la grandeza oculta en toda persona. Esta fe, esta fidelidad rescata al otro de su indigencia y lo confronta con su verdadero ser. Ser leal al otro lo hace saberse amado y valorado como persona digna y capaz de recibir el amor que se le ofrece y que él mismo es capaz de dar.

Mounier afirma que hay quienes son ciegos para las personas, incapaces de captar la realidad evidente, mucho menos el misterio oculto. Sin embargo, hay ocasiones en que una mirada es suficiente para transformar una vida y en esto Jesús es Maestro de Maestros. Recordemos a Zaqueo²⁰ que era una persona mal querida entre los suyos. Pero sucedió que un día Jesús lo miró, no como lo miraban todos, claro, sino como a la persona que era; y Zaqueo se supo amado y ya nada fue igual en su vida y como Zaqueo, tantos otros a lo largo del Evangelio que fueron transformados por una mirada de Dios. Tal vez esta ceguera de la que habla Mounier con toda razón pudiera superarse si lográsemos recuperar la “mirada de Dios” en nosotros y mirar al otro como quien mira a Dios; y mirar al otro como lo mira Dios.

La *conversión* es otra propuesta de Mounier que exige radicalidad y permanencia.²¹ Es una actitud constante y vigilante con respecto a la dirección de nuestra vida y de nuestras acciones orientadas hacia el “tú” (que me hace reconocermelo como un “yo”) y que permite el devenir del gozoso “nosotros”. Esta conversión supone, necesariamente, el desposeimiento de mí, el “olvido” de mí, la entrega de la propia libertad a favor del otro en respuesta a su “llamado” por su simple presencia. Podemos decir que la conversión, entonces, produce un doble efecto benéfico: quien la vive se va desposeyendo de sí que es el mejor camino para amar; quien recibe su acción, se sabe valioso, digno, amado, y, por esto, capaz de conversión a su vez. Jesús inicia su predicación con esta palabra, justamente: “Convertíos”²².

13 Flp 2, 7-8.

14 Gaudium et Spes 24; Familiaris Consortio 22.

15 Jn 13, 1.

16 Riego de Moine, I.: El sí a Dios en tiempos de poca fe, Editorial Emmanuel Mounier, Córdoba, 2007.

17 Mounier, E.: Tratado del carácter, Obras II, Prefacio, p. 11.

18 Jn 4, 34.

19 Jn 20, 24-29.

20 Lc 19, 1-10.

21 Riego de Moine, I.: De la mística que dice a la persona, p. 177, FEM, Madrid 2007.

22 Mt 4, 17.

Ser en construcción

Afirma Mounier que la persona es “una actividad vivida de autocreación, de comunicación y de adhesión, que se aprehende y se conoce en su acto como *movimiento de personalización*”²³ En nuestro mundo, esta realidad es poco conocida o, al menos, poco considerada. Tenemos, por un lado, una indiferencia sorprendente por parte de los padres de familia por conocer y reconocer en sus hijos una humanidad que “va a ser” algo más de lo que ya es. Es excepcional el matrimonio que se prepara para contribuir a esta construcción que, en buena medida -sobre todo al principio- depende de ellos. Parecen olvidar que cada hijo es una persona, con todo lo que esto significa y sólo se quedan en la aplicación y aprendizaje de formas tanto familiares como sociales y se olvidan de lo sustancial que es “no tanto formar personas, sino suscitar personas”²⁴ poniendo la vida en ello. Nunca como ahora un hijo es un objeto de consumo y no una realidad trascendente, valiosa por sí misma y poseedora de una inefable dignidad.

También sabemos que muchos millares de personas no tienen el menor interés en saber lo que son, mucho menos en mejorar, esforzarse, construirse, valorarse, madurar. Parece que pasan por la vida en calidad de maletas (las echaron al mundo, las mueven de un lado para otro, las llenan, las vacían, las sacan del mundo) sin tomar jamás una decisión personal. El ejercicio de la libertad les parece una carga pesadísima que es mejor que lleven otros. Esto es uno de tantos modos de abdicar del privilegio de ser persona, lo que resulta en una lamentable degradación y así nos encontramos con tantas personas *light*, vacías de contenido humano y vacías de vida interior, personas cuya vida, al menos en apariencia, carece de sentido. Y del impacto social que todo esto tiene, es mejor no hablar por el momento.

Sabemos, por el otro lado, que la vida humana transcurre en una *permanente tensión* entre lo que se es y lo que se quiere llegar a ser.

23 Mounier, E.: El personalismo, Sígueme, Salamanca, 2002, p. 696.

24 Blázquez, F.: Persona, revolución y violencia, Sígueme, Salamanca, 1975.

Que la persona es un ser siempre en construcción, siempre en continuo perfeccionamiento y en continuo crecimiento. Y que ser persona es un privilegio que hay que conquistar día a día “despertando a la conciencia y a la realización de lo que ya se es, de lo ya inscrito en su más íntimo sí mismo”²⁵ Ser persona es un proyecto de ser dinámico, en continuo cambio y orientado siempre al infinito. Aun cuando parece que toda persona tiene una natural inclinación al mal, no podemos ignorar que también existe una magnífica disposición al bien²⁶ que se realiza en el ejercicio de las virtudes, en el dominio de sí, en la entrega sincera de sí a otros.

Además, un creyente no puede hacer de lado la inefable realidad de ser *imagen y semejanza de Dios*²⁷, llamados a amar como Dios ama, a vivir en comunión como Dios vive, a perdonar como Dios perdona.

Comentario final

Y, ¿por qué no decirlo? Ni hace dos mil años, ni en tiempos de Mounier ni ahora son categorías aceptadas por la mayoría de las personas, a pesar de que son categorías esencialmente personalizantes, humanizantes y humanizadoras. Alguien dijo que “el ser humano es el único ser que no quiere ser lo que está llamado a ser”. Indudablemente, la persona será más plenamente persona, más feliz, más humana en la medida en que realice su vocación al amor.

El “problema” es que una vida plenamente humana pide esfuerzo, entrega, donación, renuncia. Dado que vivimos en una época de facilidades, comodidades, autocomplacencia, felicidad barata, la propuesta de Mounier resulta “cuesta arriba”, nada fácil y sí contra corriente.

Necesitamos, pues, crear conciencia de la grandeza de ser persona, despertar a los dormidos, inquietar a los desganados, contagiar entusiasmo y ganas de vivir a plenitud al mismo

25 Riego de Moine, I.: De la mística que dice a la persona, p. 172.

26 Muller, J.M.: El coraje de la no violencia, nuevo itinerario filosófico, Sal Terrae, Santander, 2001.

27 Gn 1, 26-27.

tiempo que “poner de moda a Dios”, porque como alguien dijo “Dios es la única opción para el hombre” y nuestro testimonio, junto con la Gracia, es lo único que puede hacer que empecemos a vivir, desde ahora, nuestra vocación a la eternidad.